

EL DIÁLOGO ECUMÉNICO: POSIBILIDAD DE ENCUENTRO ENTRE LOS CRISTIANOS

José de J. Herrera Ospina



RESUMEN : *El cristianismo como hecho religioso de la humanidad es, desde hace veinte siglos, el de mayor relevancia en la cultura occidental, incluso, con alcances mundiales muy importantes. No obstante, en la historia del cristianismo han acontecido una serie de divisiones dentro del marco institucional, que han dado lugar a una serie de conflictos de tipo político, social y por supuesto religiosos. Para dirimir estos choques se habla en la actualidad de Ecumenismo, entendido como propuesta de diálogo al interior del cristianismo. En este artículo, se pretende demostrar como el diálogo ecuménico es una de las bases para el desarrollo de la sociedad del siglo XXI. Partiendo de los aspectos bíblicos y teológicos se analizan otros aspectos de la cultura que posibilitarían hoy el diálogo interreligioso.*

ABSTRACT: *Christianism as the most important event in humanity has been, since twenty centuries ago, one of the most relevant ones in the Occidental culture, it has even reached important advances at a worldwide level. However, in the Christian history, a series inside the institutional frame have taken place and have been the cause for a set of political, social and, of course, religious conflicts. In order to solve these problems, we speak of Ecumenism as a proposal of dialogue inside Christianity. This issue intends to demonstrate how the ecumenical dialogue is one of the basis to achieve the development of the society of the twentieth century. Other issues of culture are analyzed from some biblical aspects in order to make the interreligious dialogue possible.*

INTRODUCCIÓN

Hoy en día, es común oír hablar de diálogo. Es una palabra casi obligada en familia, en el trabajo, en el ambiente estudiantil, en el político, en el social; en fin, la palabra recorre los espíritus de muchas personas. Y no está de más afirmar que es un vocablo que se puso de moda, porque la realidad sociocultural que afrontamos amerita una actitud dialógica que nazca de un reconocimiento del otro como persona, como ser humano que como tal merece todo el respeto. «El auténtico centro del valor es la persona en sociedad. Como aparato dinámico de intereses y necesidades, esa personalidad social responde al hombre en total»¹.

Si vamos a la raíz etimológica de la palabra, vemos que «dia» *δια* — significa en griego, «a través de» y «Logos» *λογος* — «palabra», lo que traduciríamos entonces por «A través de la palabra».

Puede ser que para nosotros el término no nos diga nada importante, ni sea novedoso, pero en el ambiente griego sí tenía una significación muy profunda. En palabras de Martín Heidegger, el diálogo es esa realidad que nos permite adentrarnos en un camino abierto a múltiples posibilidades. A propósito de la filosofía nos dice: «el camino de nuestro diálogo no sólo ha de tener una dirección clara, sino que...

tiene que ofrecernos también la garantía de que nos movemos dentro de la filosofía y no dando vueltas a su alrededor»². De esta manera afirmaba el carácter particular de la sociedad griega que encontraba en el diálogo, el sentido pleno de la existencia como seres políticos. En fin, desde sus raíces, el diálogo se nos presenta más que un concepto cualquiera, como una verdadera actitud vital necesaria para el pleno desarrollo de la humanidad.

Con esta introducción quiero presentar, a quienes se acerquen a estas líneas, algunos elementos de lo que se denomina en la actualidad «Diálogo Ecuménico» e inquietar desde nuestra condición de seres dialogantes, para una actitud ecuménica en el contexto religioso actual, haciendo especial hincapié en el cristianismo y claro está, no sólo en el ámbito religioso, sino también a escala social y política.

Intentaré desarrollar los siguientes puntos:

1. ¿Qué se entiende por Ecumenismo?
2. La división y la propuesta de Unidad entre los cristianos.
3. Las etapas del Diálogo Ecuménico.
4. La pedagogía del Ecumenismo.
5. Epílogo: Repercusiones del Ecumenismo en el mundo actual.

¹ PÉREZ, Juan Guillermo. *La ética como fundamento de la praxis política*. En : Pensamiento Humanista. No. 3. UPB Departamento de Formación Humanista. 1995. p. 59

² HEIDEGGER, Martín. *¿Qué es eso de la filosofía?* Conferencia pronunciada en Cerisy-La Salle. Normandía. Agosto de 1955, como introducción a un diálogo. P. 46.

1. ¿QUÉ SE ENTIENDE POR ECUMENISMO?

En sentido general, ecumenismo hace referencia a algo global, universal, válido para todos. Es aquello que se extiende por todo el mundo habitado. La palabra en griego es «**oikoumene**» que significa mundo habitado, y la raíz de la palabra es «**oikos**» que significa casa, lugar donde se vive, donde se desarrolla la vida doméstica, donde las personas tienen un mínimo de bienestar. Con relación a esta palabra se encuentra «**Oikía**» que se refiere al lugar donde se desarrolla la vida familiar, y comunitaria. Además, la acción de construir ese espacio se expresa a través del término «**oikodomeo**»³. Vemos, como el ecumenismo se refiere desde sus orígenes a un proyecto comunitario que envuelve la realidad vital de los seres que comparten determinado lugar. Hay que reconocer que el término no es propio del contexto cristiano sino del griego, y su uso ya era frecuente en los escritores clásicos como Heródoto, Demóstenes, Aristóteles, etc. quienes lo empleaban para designar el mundo poblado por los griegos en contraposición a aquel mundo del cual no se sabía quiénes eran sus habitantes. Por eso, podemos afirmar que el concepto, en primera instancia, fue geográfico y en un segundo momento llegó a ser cultural. «En ese mundo habitado, donde coexistían pueblos tan diversos, con culturas tan diferentes, alguna cosa debía existir, algo que ayudase a la unidad de las naciones. Fue entonces que surgió el ideal del hombre helénico como elemento unificador»⁴. Claro está, que esto llevó a la oposición conocida entre lo helénico y lo bárbaro, lo civilizado y lo inculto; dualismo que aún en nuestras sociedades tiende a permanecer. Y cuando el imperio romano se impone a otras tierras, incluso las conquistadas por los griegos, se adquiere una di-

mensión política que va a reafirmar la comprensión cultural griega.

El término aparece muy frecuentemente en el Nuevo Testamento. Como es bien sabido, esta parte de la Biblia fue escrita casi en su totalidad en griego, por ello, desde Mateo hasta el Apocalipsis encontramos continuas referencias en muchas citas, tales como: Mateo 24; Mc 13; Lc 2, 1; 21, 26; Hch 11, 28; 19, 27; Rom 10, 18; Heb 1, 6; 2,5; y Ap 12, 9. Dice Julio de Santa Ana que «en la mayoría de estos últimos pasajes, el término «**Oikoumene**» se utiliza con una connotación culturalista, apropiada al helenismo predominante en la época en la que se escribió el Nuevo Testamento»⁵. Aunque también es notorio ver la inclusión de lo geográfico y lo político. Esto nos da a entender que, cuando hablamos de lo ecuménico, tenemos que contar con estas tres dimensiones de la vida humana: el **espacio geográfico** como el lugar donde se habita; la **cultura** como esa vinculación humana a la realidad natural para transformarla, para hacerla habitable; y, la **política**, como dimensión del sentido relacional del ser humano. Con esto, también aclaramos que al hablar de ecumenismo no podemos limitar el uso del término al lenguaje religioso; aunque por razones obvias hagamos el énfasis sobre él.

Así, aproximándonos al ecumenismo en sentido religioso debemos considerar que éste es el esfuerzo que se realiza en el mundo para volver a la unidad entre los cristianos. Hace parte, pues, de un proyecto que se debe determinar a partir de una experiencia religiosa concreta, el cristianismo. La religión cristiana desde tiempo atrás y hasta la actualidad se encuentra desunida por diversos motivos; todos ellos generados fundamentalmente por la interpretación de la Biblia, texto sagrado fundamental de las distintas confesiones cristianas.

³ SANTA ANA, Julio de. *Ecumenismo y liberación*. Colección: Cristianismo y Sociedad. Madrid: Paulinas, 1987. p.16

⁴ *Íbid*, p. 18

⁵ *Íbid*, p. 19

2. LA DIVISIÓN Y LA PROPUESTA DE UNIDAD ENTRE LOS CRISTIANOS

Desde la fuerza liberadora de la fe, parafraseando a E. Drewermann, se puede rastrear este ideal humano por alcanzar la unidad. Se entiende por unidad no la uniformidad sino una manera de acceder al diálogo respetando la pluralidad. El evangelio de Juan nos presenta en su capítulo 17 una muestra clara de tal ideal. (Cf. Jn 17, 20-23.).

Ahora bien, una mirada a la historia del cristianismo, nos da muestras de que tal unidad no se ha podido establecer completamente. La vivencia de las primeras comunidades cristianas, que todo lo compartían, en las que ninguno consideraba como propio nada de lo que poseían, ha sido una utopía que aún no se ha podido realizar a puertas ya de un tercer milenio. Pablo hacía referencia a esto cuando escribe a la comunidad de Corinto que la Iglesia de Cristo se encontraba dividida (Cf., I Co 1, 13). Posteriormente surgieron tendencias teológicas encontradas que, paradójicamente, hacían pensar que la Iglesia debería estar unida. De allí que, el credo de Nicea y de Constantinopla tuviera como profesión de fe, la unidad de la Iglesia: «Creo en la Iglesia que es Una, Santa, Católica y Apostólica». Con esto, se explica por qué una preocupación permanente de las Iglesias Cristianas es alcanzar tal unidad.

Haciendo una ligera síntesis histórica de las divisiones cristianas, podemos decir lo siguiente:

1) Inicialmente se tiene la tensión entre los cristianos de Jerusalén y los cristianos de Antioquía. Los primeros, consideraban que para ser cristiano se debía ser en un primer instante judío; es decir, se debía seguir con la circuncisión y con muchas otras tradiciones de la ley judía. Los segundos, en cambio, se abrieron al mundo gentil (pagano), consideraban que la ley judía había sido superada por Cristo y, por lo tanto, estaban libres de ella. «Lucas en su testimonio en el libro de los Hechos de los Apóstoles se refiere a esto... primero, la controversia en Antioquía (15, 1-4). Enseguida, la presión de algunos fariseos convertidos en Jerusalén para que se circuncidasen los gentiles que habían abrazado el evangelio. El problema era grave; era necesario dialogar. Sin este encuentro no sería posible mantener la unidad»⁶. Se presentaron, en primera instancia, unas relaciones conflictivas que luego, a partir del diálogo, dieron buenos frutos. Aunque no se puede olvidar que todo esto dejó un impacto muy grande para la comunidad, la cual en muchas ocasiones tuvo enfrentamientos internos y externos.

2) El cisma entre las Iglesias de Occidente y Oriente, es otro aspecto dentro de la historia del cristianismo que es necesario tener en cuenta. Este cisma se dio en el año de 1054; pero si nos atenemos a lo que dice Julio de Santa Ana, en la obra citada, es un error aseverar esto. Esta fecha sería solamente la que marca la proclamación definitiva de la ruptura. Pero se debe considerar que esta separación fue el resultado de un largo proceso. Algunos piensan que el punto de partida se encuentra en el momento mismo en que el cristianismo es aceptado como religión oficial dentro del mundo romano con el decreto de Milán en el año 313 por parte del Emperador Constantino el Grande. La aceptación del cristianismo revitalizó el imperio romano y las relaciones entre Iglesia y Poder imperial se fueron fusionando hasta llegar a tener una verdadera simbiosis institucional que sería uno de los factores que darían lugar en el año 1054 a la ruptura entre los cristianos de Oriente y Occidente. Otro factor determinante también, sería la decisión de Constantino de trasladar la capital del imperio de Roma a Bizancio a la que llamó Constantinopla. Es de anotar que entre las grandes ciudades episcopales (Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Efeso) Roma tenía un lugar especial.

Los concilios ecuménicos pretendieron mantener al menos la unidad entre los cristianos. Es de anotar que los concilios son asambleas de obispos convo-

⁶ Íbid, pp. 137-138

cados para debatir asuntos referentes a la doctrina y disciplina de toda la Iglesia o de parte de ella. Y se denominan ecuménicos o universales, si son convocados por el Papa y presididos por él o por un delegado. Hasta el momento se han celebrado en la Iglesia 21 concilios ecuménicos. El primero que se celebró tuvo lugar en Nicea en el año 323; el segundo en Constantinopla en el 381; el tercero en Efeso en el 431, el cual se caracterizó por unas discusiones violentas que tuvieron que ser dirimidas por el emperador; el cuarto celebrado en Calcedonia, cerca a Constantinopla, se distinguió por que el obispo de Roma no asistió personalmente sino que mandó delegados. Los concilios siguientes se celebraron en Constantinopla, (en los años 553, 680-681, 869) en todos ellos la característica principal fue la dificultad de mantener la unidad de los cristianos por motivos tales como la polémica sobre las imágenes, el problema trinitario y, posteriormente, la influencia del islamismo. De este modo se llegó a la ruptura entre Roma y Constantinopla en el año 1054. En definitiva, los factores que más influyeron en el cisma de Oriente y Occidente fueron: Las relaciones casi maritales entre Estado e Iglesia. La cuestión geográfica que no permitía unas relaciones constantes entre el Emperador y el Papa, ya que mientras el Emperador vivía en Constantinopla, el Papa habitaba en Roma. La distancia cultural entre Oriente y Occidente. La dificultad de las comunicaciones. Y los contextos históricos tan diferenciados que no posibilitaban la unidad de las Iglesias. Todos estos factores influyeron en lo teológico, donde cada Iglesia justificaba su posición doctrinal (o dogmática).

3) La división en Occidente con el cisma reformante del siglo XVI: La figura de Martín Lutero es, sin lugar a dudas, una de las más importantes en el siglo XVI, él fue el gestor de la reforma protestante que vino a «opacar» esa imagen esplendorosa que la Iglesia Católica tenía en su momento. Sin ánimo de dar una explicación detallada de la vida y de la doctrina luterana, quiero sólo presentar algunos de

los impulsos más profundos que nacieron de la reforma:

- * Con ésta se presentó una desclericalización de la vida humana. La Iglesia dejó de ser una jerarquía de administradores de sacramentos de salvación, y comenzó a darle un papel de mayor importancia a la familia, al Estado como nación y a la sociedad en general en lo que denominaríamos la vida del cristiano dentro del mundo.
- * Se presentó un avance de secularización que dio pie a que el cristiano se entregara al mundo, a su familia y a su nación.
- * La ruptura de la unidad religiosa llevó a que el Estado moderno, estableciera las bases del absolutismo político; por ello, la desaparición del orden eclesiástico independiente hizo al Estado más soberano al asumir mayores competencias en materia de religión y cultura. El ejemplo más claro de esto, lo tenemos en los gobiernos de los estados modernos después de la reforma protestante. El monarca de una nación tenía el poder absoluto en materia civil y religiosa, por ello, ordenaba que todos los ciudadanos pertenecieran a la religión que él profesaba. Enrique VIII actuó de esta manera al fundar el anglicanismo en Inglaterra⁷.

Así, la reforma luterana llevó a muchos otros a protestar (pro-testar significa desde su etimología "estar a favor de los mismos") en diversos ambientes de Europa: Zwinglio, el reformador de Zurich; Juan Calvino y Martín Bucero reformador de Estrasburgo; Enrique VIII y el arzobispo Cramner reformadores ingleses. Es necesario aclarar que la división entre católicos y protestantes, surgió básicamente por el llamado problema de la justificación; Lutero afirmaba que no se necesitaban las obras sino sólo la fe, mientras la tradición de la Iglesia aseguraba que «la fe sin obras es muerta» cf. Rm.3, 4 y 5.

⁷ ABELLÁN, Joaquín. *Estudio preliminar a la obra de Martín Lutero los Escritos Políticos*. Barcelona : Altaya, 1994. p. 36 y 37.

Recapitulando, tenemos entonces que la división de los cristianos generó en los ambientes donde se presentaron estos fenómenos e incluso para las futuras sociedades cristianas, tensiones muy fuertes y separaciones que hasta el día de hoy parecen ser irreparables. Pero, como hemos dicho al comienzo, nuestro objetivo se centra en mirar cómo todo esto nos puede llevar a un efectivo diálogo ecuménico al interior del cristianismo, comprendiendo que la historia misma nos enseña que las separaciones no pueden ser motivo para tomar una actitud pesimista frente a la posibilidad del encuentro con los otros. Aún más, los espíritus ecuménicos que han existido a través de la historia, nos lo reafirman. Comenzando por Jesús, y llegando hasta nuestros días, vemos que son muchas las personas que han querido y han puesto todas sus energías vitales y espirituales para lograr tal cometido, baste sólo mencionar a los medievales Pedro Abelardo y San Francisco de Asís; el primero, titulaba la última de sus obras así: «Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano» y poseía una de las mentalidades más abiertas que hayan existido en la historia de la Edad Media; el segundo, con su ideal de pobreza evangélica llevada a cabalidad, mostraba cómo es posible convivir con todos, incluso con los animales, y con la madre tierra; toda una propuesta ecuménica y ecológica que alcanzaba límites universales.

3. LAS ETAPAS DEL DIÁLOGO ECUMÉNICO

Quiero en este apartado presentar sucintamente, las etapas del diálogo ecuménico que se han establecido al interior del cristianismo; para ello, me voy a referir en primera instancia a la obra de Yves Marie-Joseph Congar, dominico francés, quien fuera uno de los más importantes ecumenistas de nuestro siglo. Entre las múltiples cosas que nos dice este autor, rescato lo siguiente:

- 1) El ecumenismo aparece como una realidad nueva en el mundo en que vivimos. Nueva, en el sentido en que su construcción se está presentando con fuerza en los actuales momentos. Aunque tiene sus raíces etimológicas en Grecia, allí no dejaba de ser un adjetivo que significaba simplemente «tierra habitada». Ya cuando en los años 1920 y 1921 se llegó a emplear el sustantivo «ecumenismo» se da el nacimiento de una realidad que para nosotros es motivo de encuentro, de cooperación, de unidad y de acción.
- 2) Las divisiones entre los cristianos que dieron lugar a los distintos movimientos que se formaron en el transcurrir de la historia, hacen ver que de las circunstancias que en un primer momento parecían contrarias, se generaba en los hombres y mujeres, un ideal de preparación para un futuro diálogo. «En las reuniones ecuménicas, es frecuente, casi clásico, decir: «desde que nos reunimos luteranos, calvinistas, anglicanos, ortodoxos, católicos, etc. somos herejes los unos para los otros». Una reunión ecuménica es una reunión de creyentes y herejes los unos para los otros. Pero decididos, a pesar de su oposición actual irreductible, a continuar juntos para obedecer a la llamada que han oído»⁸.
- 3) La consideración positiva de «los valores de los demás» y no solamente los aspectos negativos. Es decir, reconocer que el otro, ya sea protestante, evangélico, ortodoxo, etc.; no es simplemente aquel que niega algunos sacramentos, o rehusa reconocer al Papa como primado de la Iglesia, sino un ser con profundos valores humanos y cristianos, y por ende, es menester encontrarse con él, compartir con él una oración, un trabajo común, etc. En fin, experimentar la mutua fraternidad.
- 4) El ecumenismo es una búsqueda de plenitud; por ello, en lugar de buscar la oposición se debe

⁸ CONGAR, Yves Ma. *Aspectos del ecumenismo*. Tr. por Luis del Castillo. Barcelona: Estela, 1965. p. 20

anhelar la verdadera catolicidad (universalidad). No centrarse en una firme convicción de que sólo unos pocos tienen la razón. En otras palabras, es dejar de lado una mentalidad etnocéntrica y también fundamentalista.

- 5) Y por último, el ecumenismo trabaja teniendo en cuenta el espacio temporal; o sea, para lograr tal objetivo, se debe ser paciente. Se precisa de mucho tiempo para que las heridas se vuelvan a cerrar. No se debe ser inmedatista, la historia ha confirmado que los resultados sólo se presentan al final de un largo camino.

Con el presupuesto anterior, vayamos al «quid» del asunto: Si se pudiera precisar una fecha del nacimiento del movimiento ecuménico se podría fechar el año de 1910 en el que se celebró en Edimburgo la asamblea mundial de misiones protestantes. Aparecieron entonces, movimientos cristianos internacionales que darían lugar al nacimiento, posteriormente, del llamado «**Consejo Mundial de las Iglesias**» (1948). De éstos, resaltemos principalmente: El movimiento **Life and Work**, quienes se preocuparon por la dimensión práctica del ecumenismo, de allí que se bautizaran con el apelativo «Vida y Acción», y el movimiento **Faith and Order**, quienes se preocuparon por los problemas de constitución en las Iglesias, de allí que se denominaran «Fe y Orden (Constitución)». Ambos movimientos trabajaron muy unidos; de allí que, hacia el año 1938 se quisieran fusionar en un organismo único, pero por motivos de la II Guerra mundial se retrasó su realización y sólo hasta el año de 1948 se constituyó oficialmente el nuevo organismo con el nombre de **World Council of Churches**, Consejo Ecuménico de las Iglesias o Consejo Mundial de las Iglesias. No fue una asamblea en la cual se tuviera al comienzo una idea clara de ser una Iglesia como tal; más bien, era una reunión de hombres y mujeres que tenían, sin embargo, una conciencia clara para realizar una obra conjuntamente. Para tal efecto, es iluminadora la conferencia de Amsterdam en 1948, que con su eslogan «queremos permanecer juntos», daba la pauta del mutuo acercamiento, para encontrar la unidad querida por Cristo. Fue, pues, la primera asamblea del Consejo Mundial de Iglesias.

Vemos cómo, desde el principio del siglo, existe un intento de unión entre los cristianos para lograr la unidad a través de alianzas que en primera instancia anhelaban la paz para un mundo que comenzaba a desangrarse sobre todo por lo acontecido en las dos guerras mundiales. Es de anotar, que estos movimientos, que dieron origen al Consejo Mundial de las Iglesias fueron estimulados por protestantes más que por católicos. Hay que reconocer que la Iglesia Católica al principio fue renuente en encarar este tipo de encuentros; sólo a partir del Concilio Vaticano II, la iglesia se pondría al día en estos asuntos. En el año de 1954 se celebró en Evanston junto a Chicago (USA) la segunda asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias, sobre el tema: Jesucristo, Esperanza del Mundo; ésta fue muy significativa, ya que, precisamente en ese año, se cumplían novecientos años de la división entre la Iglesia cristiana de Oriente y la Iglesia cristiana de Occidente. Sin embargo, la Iglesia Católica estuvo ausente. De ésta, siguieron otras más que no es menester mencionar. Sin embargo, la última asamblea del Consejo Ecuménico se realizó en Harare, capital de Zimbabwe (África) a finales de 1998; donde se conmemoraron los 50 años de la Conferencia de Amsterdam.

Ahora bien, al interior de la Iglesia católica ocurrió un acontecimiento de singular importancia en los inicios de los años 60, el Concilio Vaticano II. Convocado por el Papa Juan XXIII, llamado el «Papa Bueno», se dio inicio en el año de 1962 y se clausuró en el año de 1965 con el Papa Pablo VI. El camino del ecumenismo en el catolicismo se presentó con ocasión del pontificado de Juan XXIII. Fue, pues, todo un acontecimiento para la Iglesia Mundial, que un hombre como el cardenal Roncalli, de origen sencillo, y de una personalidad abierta y dialogante, llegara a ocupar la cátedra del apóstol Pedro. Juan XXIII afirmó de entrada que la Iglesia necesitaba urgentemente una reforma, de allí su frase: «**Ecclesia semper reformanda**», o sea, “la Iglesia siempre necesita cambios”. Con él, se hizo posible este ideal y por ello convocó a la Iglesia entera a un Concilio Ecuménico.

Del Concilio Vaticano II se debe resaltar sobre todo sus Constituciones: “**Lumen Gentium**” o “**Luz de los Pueblos**” que trata las cuestiones fundamentales de la Iglesia y “**Gaudium et Spes**” o “**Gozo y Esperanza**” que versa sobre el papel de la Iglesia en el mundo contemporáneo; el decreto «**Unitatis Redintegratio**» o “**Restauración de la Unidad**” que aborda especialmente el tema del ecumenismo y la declaración «**Nostra Aetate**” o “**Nuestra Edad**” que esboza las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas. Quiero extraer un aparte del decreto ‘**Unitatis Redintegratio**’ que puede iluminar todo lo querido por el Concilio, respecto al diálogo cristiano: «Todos los cristianos deben confesar delante del mundo entero su fe en Dios uno y trino, en el hijo del Dios encarnado, Redentor y Señor nuestro, y con empeño común en su mutuo aprecio den testimonio de nuestra esperanza que no confunde... Por medio de esta cooperación podrán advertir fácilmente todos los que creen en Cristo, cómo pueden conocerse mejor unos a otros, apreciarse más y cómo se allana el camino para la unidad de los cristianos»⁹.

El pensamiento del Papa Pablo VI, quien sucedió a Juan XXIII, fue también abierto en gran medida; de hecho, fue él quien llevó a feliz término el Concilio Vaticano II. En uno de sus documentos pontificios, titulado «**Eclesiam Suam**» o “**Su Iglesia**”, hablando del diálogo, dice lo siguiente; «En el diálogo se descubre cuán diversos son los caminos que conducen a la luz de la fe y cómo es posible hacerlos converger al mismo fin»¹⁰. Para finalizar este punto, es conveniente afirmar que el Papa Juan Pablo II no ha hecho caso omiso a este ideal evangélico de la unidad de los cristianos; de allí que en dos de sus escritos pontificios: La carta encíclica «**Ut unum sint**» o “**Que todos sean uno**” y la

carta apostólica «**Oriente Lumen**» o “**Luz del Oriente**” da muestras de ese querer renovador de la Iglesia Católica para el diálogo ecuménico al interior del cristianismo. Afirma, Juan Pablo II en su carta encíclica: «El diálogo es un instrumento natural para confrontar diversos puntos de vista y sobre todo examinar las divergencias que obstaculizan la plena comunión de los cristianos entre sí... El amor a la verdad es la dimensión más profunda de una auténtica búsqueda de la plena comunión entre los cristianos. Sin este amor sería imposible afrontar las objetivas dificultades teológicas, culturales, psicológicas y sociales que se encuentran al examinar las divergencias»¹¹. Y en su carta apostólica recalca: «Hoy sabemos que la unidad puede ser realizada por el amor de Dios sólo si las Iglesias lo quieren juntas, dentro del pleno respeto de sus propias tradiciones y de la necesaria autonomía. Sabemos que esto sólo puede llevarse a cabo a partir del amor de Iglesias que se sienten llamadas a manifestar cada vez más la única Iglesia de Cristo, nacida de un solo Bautismo y de una sola Eucaristía y que quieren ser hermanas»¹².

4. PEDAGOGÍA DEL ECUMENISMO

Para lograr el verdadero diálogo ecuménico se hacen necesarias (y lo han sido en todos los tiempos) unas directrices pedagógicas que nos permitan alcanzar el fin último al que se dirige la práctica del ecumenismo. De tal manera, que es menester dejar a un lado los prejuicios y las desconfianzas que siempre acompañan a un proyecto de estos. Además, reconocer nuestra identidad de seres dialogantes, que, como afirmaba el dominico español Juan Bosch en el Congreso Internacional Sobre Nuevas Ofertas Religiosas, realizado en la Universidad Santo Tomás de Santafé de Bogotá (Julio 17-20 de

⁹ DECRETO UNITATIS REDINTEGRATIO. En : Concilio Vaticano II. Documentos completos. Bogotá : Paulinas, 1987. p. 290

¹⁰ EL PENSAMIENTO DE PABLO VI. Medellín : Secretaría de Educación y Cultura, 1979. p. 51

¹¹ CARTA ENCÍCLICA «UT UNUM SINT» DE JUAN PABLO II. Sobre el empeño ecuménico. Ciudad del Vaticano: Editricce. 1995. p. 41 y 42

¹² CARTA APOSTÓLICA «ORIENTALE LUMEN» DE JUAN PABLO II. Con ocasión del centenario de la «Orientalium Dignitas». Ciudad del Vaticano; Editricce. 1995. P. 43 y 44.

1997): «Es posible dialogar porque existe un terreno común que fundamenta y posibilita ese encuentro: la pertenencia a la humanidad».

Tomaré de nuevo lo propuesto por el Padre Congar en su obra citada:

- 1) Nos debemos acostumbrar a respetar a los demás: Es algo que debe comenzar desde la infancia, y gestar en el núcleo familiar. El clima educativo en la familia debe propender por la relación respetuosa de unos con otros. Los seres humanos, de una u otra religión, de una u otra raza, de una u otra corriente política, deben crear los espacios correspondientes para una verdadera coexistencia de singularidades, donde cada cual, conservando su identidad, sea capaz de dialogar.
- 2) Debemos conocernos e informarnos: Para el movimiento ecuménico mundial se hace necesaria la información actualizada a partir de las redacciones escritas (revistas, libros, etc.), los medios de comunicación y tecnologías actuales como el Internet. Además, del encuentro personal para el mutuo conocimiento, sobre todo en lo que se denomina la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos (que se realiza en todos los países del mundo).
- 3) No se debe desperdiciar las ocasiones reales para dar luces y restablecer la unidad. Todo diálogo ecuménico implica dar y recibir; por lo tanto, construir la unidad (la cual desde el punto de vista del cristianismo se encuentra en Cristo) es una tarea fundamental, que debe estar jalonada por la humildad y el reconocimiento de que se construye en conjunto.
- 4) Debemos lanzar puentes y crear contactos: Aprovechar las ocasiones que la vida nos ofrece, es la puerta que nos permite trabajar conjuntamente. Desarrollar actividades en pro de un grupo humano determinado, ya sea de carácter social, económico, político, religioso, etc. Des-

cubrirnos como cristianos significa lanzarnos sin temor al encuentro del otro, sabiendo que allí, se manifiesta el rostro amable de Dios que cada día nos llama a vivir en el amor y en la unidad.

5. EPÍLOGO: REPERCUSIONES DEL ECUMENISMO EN EL MUNDO ACTUAL

Sin pretender llegar a una conclusión del tema, abordo, finalmente, unas posibles repercusiones del ecumenismo en la sociedad actual. Para nadie es nuevo que la sociedad atraviesa por una serie de conflictos que, en muchas ocasiones, nos desaniman frente a un proyecto de unidad, tolerancia y diálogo. Para citar un ejemplo, la realidad actual colombiana en el ámbito político y social genera una serie de expectativas frente a lo que puede acontecer con los llamados “Diálogos de paz” entre el Gobierno y las fuerzas revolucionarias. Y en el caso religioso, que es el que interesa al ecumenismo, también existe una mentalidad extremista de grupos que no posibilitan la sana convivencia entre los diferentes credos. No obstante, de una cosa podemos estar seguros, si no propiciamos el diálogo como concertación de intereses y como posibilidad de construcción conjunta de una sociedad, estaremos abocados al caos y a la desintegración paulatina de nuestras sociedades. Por ello, el diálogo ecuménico es una propuesta vital para nuestros tiempos y una de las bases para construir la sociedad del siglo XXI en materia religiosa. Considero que desde la esfera social, política y religiosa se puede realizar ese encuentro fundamental de seres que interactúan y de seres que dialogan. Esto nos lleva a concebir en términos de humanidad, la posibilidad de encuentro como ciudadanos, y como miembros de una misma familia: la familia humana. En momentos que son verdaderamente críticos, resuenan estas palabras del teólogo suizo Hans Küng: «No habrá paz entre las naciones sin paz entre las religiones; ni habrá paz entre las religiones sin diálogo entre las religiones, ni habrá diálogo entre éstas sin el estudio de sus fundamentos»¹³.

¹³ Tomado de Prospecto de Convocatoria para Maestría en Estudios Bíblicos. Universidad de Antioquia. 1997. KÜNG, Hans. *Proyecto de una ética planetaria*.